MJ estudios

Los milagros de Jesús en favor de los excluidos

Lorenzo de Santos Martín
Doctor en teología y profesor de Sagrada Escritura. Instituto Superior de Pastoral (UPSA-Madrid)

Síntesis del artículo

El autor resume el significado y características esenciales de los milagros en la Biblia, especialmente los milagros de Jesús, realizados en favor de los pobres y excluidos, que son signos del Reino de Dios que llega a nuestro mundo. También hoy, en el siglo XXI, los actos en favor de los excluidos deben caracterizar a los seguidores de Jesús.

#PALABRAS CLAVE: Jesús, Evangelio, Biblia, milagros, pobres, Reino de Dios.

Abstract

The author summarizes the meaning and essential characteristics of miracles in the Bible, especially the miracles of Jesus, performed on behalf of the poor and excluded, which are signs of the Kingdom of God that reaches our world. Also today, in the 21st century, acts in favor of the excluded must characterize the followers of Jesus.

#PALABRAS CLAVE: Jesus, Gospel, Bible, miracles, poor, Kingdom of God.

Signos del Reino que llega, los milagros de Jesús son realizados sobre todo en favor de los pobres y enfermos, los excluidos y descartados de aquella época. Jesús no solo los cura, sino que les restituye su dignidad humana, hasta el punto de que algunos de ellos se incorporaron a su misión. Vayamos, no obstante, paso a paso, para situar con más perspectiva los milagros en la literatura bíblica.

Cuando las personas escuchamos el término «milagro», la primera comprensión que hacemos del mismo está caracterizada por esa definición del Diccionario de la Lengua Española: *«Hecho no explicable por las leyes naturales y que se atribuye a intervención sobrenatural de origen divino»*. Pero, desde esta manera de entender el milagro, se pone el interés en detectar los cambios ocasionados en la naturaleza o en la admiración del poder divino que lo produce, olvidando las dos realidades que se relacionan: Dios y el hombre, que son los importantes y decisivos en estos acontecimientos. Por esto, no será de extrañar que en la Biblia se entiendan como señales tanto de la fuerza y poder de Dios como del Maligno (Dt 13,2-3; Mc 3,22; 2 Te 2,9-10).

Los hombres y mujeres de hoy no tienen el concepto de milagro propio del mundo bíblico, es más, chocan con la idea que está a la base de los relatos evangélicos en los que se presenta a Jesús como curandero y taumaturgo.

Desde la perspectiva bíblica, el milagro es un instrumento de diálogo que Dios establece con el ser humano. Por ello, hemos de poner el acento en la relación entre quien lo realiza y aquél que es interpelado, de diversas maneras, por tal acontecimiento. Importante es ver qué quiere Dios comunicar, cómo establece la comunicación y cuál es la respuesta del hombre ante el mensaje y la actuación que se le ha transmitido.

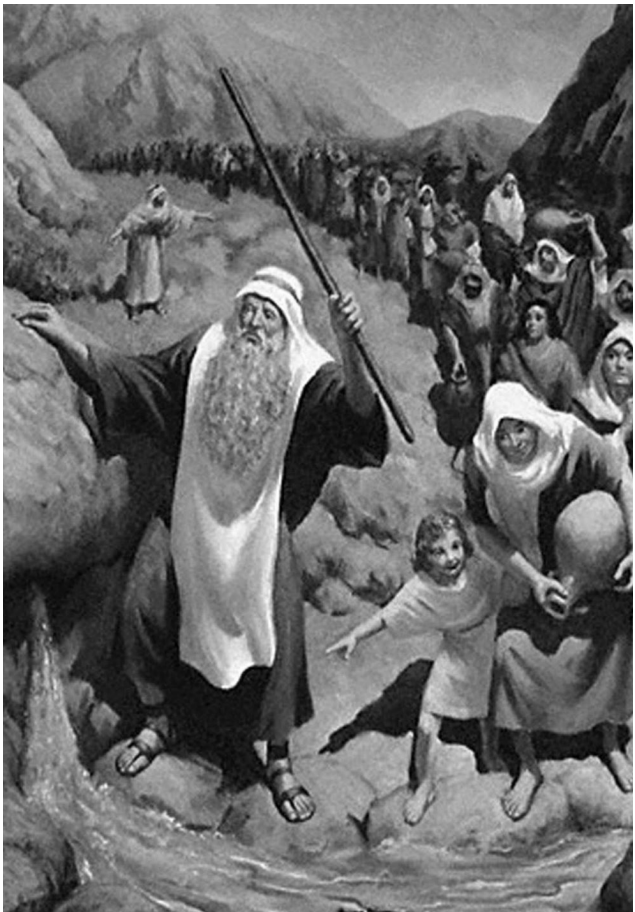
1 El milagro en el Antiguo Testamento

Los relatos de milagro del AT son signos de la identidad de Dios, que se manifiesta tanto en la historia de su pueblo como en el mundo. Así, estas señales y prodigios tienen como objetivo que el pueblo sepa y reconozca que Yahvé es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de Él (Dt 4,34-35).

Estos signos tienen lugar en momentos importantes para la vida Israel. Nos encontramos con el acontecimiento decisivo del éxodo, donde los signos extraordinarios que en él se realizan son los instrumentos liberadores a través de los cuales Yahvé saca al pueblo de Egipto. A su vez, estos mismos prodigios son ofrecidos a los egipcios para que reconozcan la presencia de Dios en su pueblo, pero la dureza de corazón del faraón impedirá aceptar que los israelitas son el pueblo de Dios (Ex 7,3; 14,4).

El mismo acontecimiento del paso del mar Rojo, que nos describe el capítulo 14 del libro del Éxodo con acciones milagrosas, la desecación del mar (Ex 14,10.13.31) y la división de las aguas realizada por Moisés (Ex 14 14,4.17-18), manifiestan, por un lado, "la gloria" de Yahvé, y, por otro, la salvación de Israel. Se trata de una presencia de Dios que habla, al dominar la naturaleza, de que él es el Señor de la creación y, liberando a los israelitas del poder del faraón, de que él es el Señor de la historia.

Es en situaciones concretas de necesidad, esclavitud y conflicto donde Dios interviene para salvar a su pueblo, tanto en un primer momento con la liberación de Egipto (Ex 14) como posteriormente ante el hambre, enviando el maná (Ex 16), o en su caminar hacia la tierra prometida, ratificando, por medio de sus prodigios poderosos, la alianza que Yahvé ha establecido con ellos. Aquellos y estos son milagros que manifiestan la gran fuerza de Dios en el mundo, con el fin de comunicar el proyecto de vida y amor que tiene para con Israel.



Así, el pueblo podrá proyectar su mirada al futuro y afirmar que este obrar y actuar prodigioso de Yahvé será también una realidad en los momentos posteriores de dificultad, convirtiéndose en fundamento de la esperanza del pueblo (Sal 46,9; 92,5).

Desde esta presencia de Yahvé en su pueblo, se entiende que los textos bíblicos del AT presenten posteriormente narraciones milagrosas que manifiestan la preocupación de Dios por Israel y legitiman al profeta como un hombre de Dios. Esto nos lo encontramos en el llamado ciclo de Elías-Eliseo, quienes, por medio de la fuerza poderosa que se realiza por ellos, ratifican su dependencia e intercesión ante Dios. Ellos aparecerán como hombres que poseen el espíritu de Yahvé, cuyo poder se pone al servicio de la vida del pueblo ante la enfermedad (2Re 5,1-27; 20,1-11), el hambre (1Re 17,6; 19,7s; 2Re 4,39-44; 2Re 7,6.16) y cualquier clase de necesidad (1Re 17,7-24; 2Re 4,1-7; 4,8-37; 19-22).

Por tanto, los milagros aparecen en el AT como un modo por el que Dios entra en diálogo con su pueblo, donde le expresa su decisión de elegirlo como el pueblo con el que establece una alianza, manifestándolo con su intervención en la historia, especialmente, en los momentos de esclavitud, miseria y necesidad.

Al hombre, ante estas señales y prodigios, se le pide que responda reconociendo la presencia de Yahvé en Israel. Sin embargo, el faraón confronta su fuerza y poder con el de Yahvé, pidiendo a sus magos y hechiceros que realicen también sus prodigios (Ex 7,11) para contraponerlos a Dios. Confrontación que les conducirá al endurecimiento del corazón, y así, al rechazo de Yahvé como Dios de Israel.

Por el contrario, estos mismos signos, señales y portentos, suscitarán en el pueblo de Israel una respuesta de fe en Yahvé y en su siervo Moisés (Ex 14,31) y en los profetas. Al mismo tiempo, estos milagros se convertirán en motivo de recuerdo en la vida de Israel, garantizando una respuesta de fidelidad a la alianza que Dios ha establecido con ellos.

2 Los milagros en el NT

Si en los relatos de milagros veterotestamentarios se da una comunicación de Dios con el hombre, no nos puede extrañar que en el Nuevo Testamento se encuentren narraciones de milagros que vinculen la actividad de Jesús con su predicación. Este esquema de predicación de la Buena Nueva y de realización de milagros, vuelve a encontrarse en los que serán testigos de Jesús muerto y resucitado.

En todos los evangelistas nos encontramos con distintas corrientes de tradiciones sobre los milagros. Se puede establecer una clasificación estableciendo tres formas literarias que engloban todas las narraciones evangélicas sobre los milagros:

1) Relatos de exorcismos (Mc 1,21-28; 5,1-20; 7,24-30; 9,14-29; Mt 9,32-34; Lc 13,10-17), que hemos de entender como manifestaciones del triunfo sobre el poder del mal a través de las acciones de Jesús (Mc 3,27; Lc 11,20).

2) Relatos de curaciones (Mc 1,29-31. 40-45; 2,1-12; 3,1-6; 5, 21-43; 7,31-37; 8,22-26; Mt 8,5-13; Lc 7, 11-17; 14,1-6; 17,11-19; 22,50-51; Jn 5,1-18; 9,1-41; 11,1-46), siendo el mismo Jesús quien las interpreta como cumplimiento de las promesas de Isaías acerca del tiempo de la definitiva salvación de Israel (Mt 11,5-6).

3) Relatos de milagros sobre la naturaleza (Mc 4,35-41; 6,30-44.45-52; 8,1-10; 11,20-25; Lc 5,1-11; Jn 2,1-11), en los que Jesús manifiesta su victoria sobre fuerzas de la creación.

Sabemos que son diversos los vocablos griegos que utilizan los evangelistas para referirse a la realidad que nosotros llamamos milagro:

teras, prodigio; *dynamis,* poder; *semeion,* signo; *ergon,* obra. Sin embargo, podemos examinarlos en conjunto desde tres aspectos que están presentes en todos ellos:

- el primero responde a la pregunta *¿qué provoca la realización de una actividad milagrosa?*,
- el segundo indica una respuesta a la cuestión de *¿cuál es el mensaje que se transmite con tal acontecimiento?*,
- el tercero constata *la postura de las personas que se han visto implicadas en ese milagro.*

2.1 *Personas y situaciones que reclaman de Jesús una respuesta determinada*

No sólo es que el milagro realizado por Jesús esté siempre en relación con otra persona, sino que él mismo rechaza actos prodigiosos en favor propio (en las tentaciones: Mt 4,1-10; no bajándose de la cruz: Mc 15,29-32).

Los milagros de Jesús de Nazaret son provocados por el encuentro que él tiene con personas en situaciones muy determinadas. Ambas, situaciones y personas, son las que suscitarán estos signos prodigiosos. Unas veces serán los propios enfermos o poseídos los que se acerquen directamente a Jesús; otras son el padre, la madre o la gente quienes suplican a Jesús por la persona que requiere de su intervención.

Las personas pueden padecer una enfermedad que las incapacita en su vida (suegra de Pedro, Mc 1,29ss; hombre del brazo atrofiado, Mc 3,1ss), las inmoviliza y les hace depender de otros (paralítico, Mc 2,1ss; Mt 8,5ss; Jn 5,1-18), que las margina y las excluye socialmente (leproso, Mc 1,40ss; Lc 17,11ss), que les hace sufrir mucho por ser declaradas impuras (hemorroisa, Mc 5,24bss), que las conduce a la muerte (hija de Jairo, Mc 5,21ss); que les impide escuchar y acoger la Buena Nueva (sordomudo y ciego, Mc 7,21ss; 8,22ss; 10,46ss).

Junto con estos padecimientos de enfermedades, los sumarios evangélicos (Mc 1,34; Mt 4,24; Lc 6,18s) también nos hablan de gente que, estando atormentada y poseída por espíritus inmundos, se acercan para que Jesús los libere de esas fuerzas malignas que los dominan y esclavizan. Como casos concretos, nos narran al hombre de la sinagoga poseído por fuerzas opuestas y no queridas por Dios (Mc 1,21ss), a la hijita de la mujer sirofenicia endemoniada por el espíritu que le impide crecer y la destruye (Mt 15,21ss), al hombre cuya posesión por el espíritu inmundo lo ha conducido a vivir en el reino de la impureza y de la muerte, al margen de cualquier vida humana (Mc 5,1ss), al niño que está a merced de la fuerza maligna, sufriendo la violencia y manifestándosele con síntomas de epilepsia, sin permitirle vivir desde sí mismo (Mc 9,14ss).

También existen situaciones que originan una serie de milagros que no se explicitan directamente sobre las personas, sino en las cosas de la naturaleza; aunque todos ellos están suscitados por necesidades o dificultades que pasan los discípulos o la gente que se acercaba a escuchar a Jesús. Pero nunca son realizados como simple manifestación de alguna fuerza prodigiosa que tiene Jesús. Unas veces, nos dirán los evangelistas utilizando el verbo "ver", será la percepción de la dificultad que sufren al navegar sus discípulos en medio del mar, lo que lleva a Jesús a acercarse a ellos para que superen el miedo (Mc 6,47ss); otras veces será el ver las necesidades de la multitud (*"estaban como ovejas que no tienen pastor"*, Mc 6,33, "*y no teniendo que comer*", Mc 8,1ss) lo que hará a Jesús sentir compasión y realizar la multiplicación de los panes. Otras, Jesús es interpelado directamente por las dificultades en que se encuentran los discípulos (Mc 4,38). En otra ocasión será su madre quien reclame por su parte una acción para ayudar a salir de la situación de escasez de buen vino a los novios de la boda de Caná (Jn 2,1ss).

Recopilando, Jesús realiza un milagro, ya sea de curación, exorcismo o de naturaleza, siempre interpelado por la situaciones de miseria y necesidad que viven las personas que se encuentran con él. Son los despreciados, los excluidos por su enfermedad o su no pertenencia al pueblo de Israel, los declarados impuros, a quienes Jesús cura en primer lugar. Son las situaciones de dificultad que viven los otros las que provocan en Jesús una actuación milagrosa en vafor de los "descartados" de aquel tiempo.

2.2 *Mensaje que transmite el milagro*

Los milagros de Jesús no están acabados y encerrados en sí mismos, sino que han de comprenderse como signos de su persona y de su predicación: Jesús es el Salvador de los hombres y las mujeres. Esta salvación se manifiesta en cada una de la realidades humanas que atan, esclavizan, destruyen y aniquilan al ser humano.

El milagro sirve para establecer un encuentro entre Jesús y la persona. Encuentro desde el que se hace presente la identidad de Jesús; por ello, son signos de su mensaje, de su predicación.

Encontramos en las mismas palabra de Jesús la manera como han de ser interpretados sus milagros. Al responder a los enviados por Juan Bautista, Jesús enuncia una serie de curaciones ("*los ciegos ven, y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, y los muertos resucitan, y los pobres son evangelizados*", Mt 11,5; Lc 7,22) que son signos de que el Reino de Dios se hace presente en él mismo. Las promesas mesiánicas de Isaías se encuentran presentes con esta actividad curativa y de anuncio de Jesús.

En el evangelista Mateo son los propios demonios quienes reconocen esta vinculación de Jesús con el tiempo del cumplimiento de las profecías mesiánicas. Incluso la estructuración que hace el mismo evangelista, colocando 10 milagros en los capítulos 8 al 9, después del primer discurso (capítulos 5 al 7), vincula la enseñanza de Jesús con sus obras, para que comprendamos que el reino esperado es ya una realidad en Jesús.

Así pues, estos signos de la presencia del Reino de Dios en Jesús de Nazaret hablan de su identidad, según nos presenta en su evangelio Marcos. Los espíritus inmundos le proclaman como "*el Santo de Dios*" (Mc 1,24), "*el Hijo de Dios*" (Mc 3,11), "*el Hijo de Dios Altísimo*" (5,7). Son los milagros autentificación de esta proclamación de la Buena Nueva que se da en el mensaje, en la predicación de Jesús capaz de liberar a los hombres de todas sus esclavitudes que les atormentan y los matan. La fuerza y poder de Jesús no se manifestará en el cumplimiento de los preceptos y subordinación de la ley a los hombres, sino en la lucha contra las fuerzas del mal, anteponiendo a la persona que sufre por encima del cumplimiento del sábado, aunque esto le acarree la conspiración para su muerte (Mc 1,21ss; 3,1ss); porque ofrece la salvación de Dios con el perdón de los pecados (Mc 2,1ss); porque rompe la distinción cultual entre puro e impuro (leproso, hemorroisa); porque hace universal la salvación de Dios a todas las personas de cualquier pueblo (mujer siriofenicia); porque Jesús sigue preocupándose por la gente que se acercaba a él, dándoles de comer, como Moisés ofreció la salvación de Dios a Israel (multiplicación de los panes).

Por si hubiese alguna duda de que en Jesús se realiza esa salvación prometida en el AT, el evangelista Lucas se encarga de reiterarlo. En la perícopa donde se les responde a los enviados de Juan Bautista con esas palabras del profeta Isaías, Lucas antepone los hechos de Jesús: *"En aquella hora curó a muchos de enfermedades, males y malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos"* (Lc 7,22). Los milagros nos lo ratifican: Jesús es el Salvador.

El cumplimiento de esta misma promesa está en la presentación de Jesús como nuevo Elías. Si este manifestó la preocupación y salvación de Dios al resucitar al hijo único de la viuda de Sarepta, ahora Jesús mostrará esa salvación en la resurrección del joven de Naín (Lc 7,11ss). Si entonces el profeta era un intermediario para mostrar la salvación de Dios, ahora Jesús es la salvación misma. Así, continúa insistiendo Lucas en esta vinculación entre Jesús y el poder de Dios, afirmando que "es el dedo de Dios por el que expulsa a los demonios" (Lc 11,20).

El evangelista Juan sitúa estas obras de Jesús como lugares donde se manifiesta la acción de Dios. Devolviendo la vista, Jesús manifiesta en el ciego de nacimiento las obras de Dios (Jn 9,3). Ya no será el "ángel del Señor quien baja a la piscina y remueve el agua para que se curen enfermos, ciegos, cojos y paralíticos" (Jn 5,1ss), sino que es el Hijo quien participa de esa misma capacidad de dar la vida y de resucitar. Ahora Jesús continúa esa misma obra salvadora de Dios en el AT, librando a su pueblo del hambre y dándoles del maná para que tenga vida (Jn 6,1-15). Estas obras son signos de la era mesiánica (Juan evita los términos referidos al poder o fuerza milagrosa para hablar de los milagros de Jesús), simbolizada en su comienzo con la manifestación de la gloria de Jesús en las boda de Caná, donde vino, fiesta, banquete son las imágenes mesiánicas, y que se prologará con la liberación de Lázaro del poder de la muerte (Jn 11,1-46).

Pero esta manifestación de la presencia del Reino de Dios por medio de los milagros le complica la vida a Jesús. La primera vez que se habla explícitamente de su muerte es cuando, después de curar al hombre de la mano atrofiada, comienzan herodianos y fariseos a maquinar cómo eliminar a Jesús (Mc 3,6). Ya anteriormente Marcos había presentado la curación del paralítico (Mc 2,7: *está blasfemando*) como la base de la acusación que harán posteriormente en el juicio judaico contra Jesús (14,64). También, a causa de estos

milagros, le vincularán con el príncipe de los demonios (Mt 9,34) y le perseguirán (Jn 5,10). Reacciones hostiles más gráficas las tenemos aún en Lucas, en ese discurso programático de la sinagoga de Nazaret donde, precisamente, Jesús enuncia toda su actividad salvadora, provocando una respuesta airada por parte de los que lo escuchaban (Lc 4,28-29).

Así pues, los milagros son expresión de esa salvación de Dios que llega a través de Jesús, manifestándose en la lucha contra todos los aspectos sombríos de la existencia humana que impiden a las personas una vida digna. Son manifestación de la superación de fronteras establecidas en Israel. Jesús actúa tanto en territorio judío como en la región de los gerasenos, lo mismo cura al perteneciente al pueblo de Israel como a la hija de la mujer siriofenicia. Esta manera de actuar de Jesús le va conduciendo camino de su pasión y muerte. A lo largo de todo el evangelio aparece una oposición contra la manera de actuar de Jesús.

Pero, si Jesús vence a todas las fuerzas del mal que invaden a las personas, podemos lanzar nuestra mirada más lejos y creer que algún día el Resucitado vencerá este mal de forma definitiva.

2.3 *La fe como elemento determinante en los milagros de Jesús*

La fe es el elemento decisivo de los milagros narrados en los evangelios, ya sea una fe previa al acontecimiento, como se muestra en los sinópticos, o consecuencia del signo realizado, como prefiere presentar Juan.

Una fe que estimula al leproso a vencer los obstáculos para acercarse a Jesús, que impulsa a la hemorroisa a tocar "al menos el manto", que permite a la siriofenicia superar los clichés religiosos, que ayuda al ciego Bartimeo a desprenderse de sus ataduras y a saltar al lado de Jesús. Una fe que los evangelistas nos describen en la manera como la gente se acerca a Jesús y le suplican que les ayude. Jesús reconoce esta fe de las personas y declara que ella es el motivo por el que se salvan y son curadas. Es la fe en Jesús la que hace posible la curación. Jesús cura al ver la fe de los que le llevan al paralítico (Mc 2,5) y del funcionario de Cafarnaún (Mt 8,10.13). Constata la curación en la hemorroisa reconociendo que ha sido su fe la que la ha salvado (Mc 5,34).

Aunque también son los milagros ocasión para acusar a Jesús de estar aliado con Beelzebul (Lc 11,14-15), para buscarse enemigos por no respetar el día del sábado (Lc 13,14) o porque, con los signos que realiza, perjudica a los sacerdotes y fariseos (Jn 11,47s). Aún más, ante la incredulidad, Jesús se niega a hacer milagros.

Pero tampoco es suficiente la admiración o asombro que se siente ante este actuar poderoso de Jesús: "*Y la gente, admirada, decía: «Jamás se vio cosa igual en Israel»*" (Mt 9,33); el propio Jesús constata que "*no habían entendido lo de los panes, sino que su mente estaba embotada*" (Mc 6,52), y lanza esta acusación: "*Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado*" (Jn 6,26).

Por ello, Jesús invita a un seguimiento en los momentos de dificultad, como respuesta positiva a sus palabras y obras (tempestad calmada). Seguimiento que tampoco acaba en el mero hecho de la curación, la multiplicación de los panes, la resurrección de Lázaro ni en la expulsión del espíritu inmundo, sino que conduce al final de la vida de Jesús para poder entender plenamente los milagros. La curación dispone a Bartimeo a seguir a Jesús en su camino para llegar con él a Jerusalén, lugar de expresión máxima de entrega Jesús (Mc 10,52).

Las acciones poderosas, los milagros, los signos de Jesús se les ofrecen a todas las personas para que acojan la salvación de Dios a

través de él. Así, solamente un leproso de los diez curados, el que vuelve a agradecer a Jesús la curación, será salvado por acoger con fe el milagro de Jesús (Lc 17,19).

Se trata de creer en la nueva humanidad que trae la persona de Jesús y que queda retratada en sus milagros. Una fe que no se agota ni se acaba en el signo mismo, sino que dispone al seguimiento detrás de Jesús hasta llegar a la cruz, lugar de comprensión de toda la vida, mensaje y actuar de Jesús, donde se confiesa que Jesús es el Hijo de Dios (Mc 15,39), donde se manifiesta la gloria de Jesús (Jn 20,30s).

3 Los milagros son signos del discípulo de ayer y de hoy

Estas curaciones, exorcismos y acciones extraordinarias no solo fueron importantes para describir la identidad de Jesús, sino que siguen siendo los signos identificadores de sus discípulos.

El mismo Jesús envía a sus discípulos a "expulsar demonios" (Mc 3,15), a "curar enfermos, resucitar muertos, limpiar leprosos" (Mt 10,8; Lc 9,1.6). Estas obras de los discípulos indican que ellos deben continuar la actividad del mismo Jesús, significando, al mismo tiempo, su total dependencia de él (Mc 3,14-15). Estas son las señales que han de acompañar a los que anuncien la Buena Nueva, como bien recoge en el final canónico del evangelista Marcos (Mc 16,17ss).

Estos milagros de Jesús serán modelo de actuación para sus discípulos, quienes seguirán realizando curaciones porque la fe en Jesús es la fuerza que opera a través de ellos, como se aprecia, por ejemplo, en la curación del hombre cojo en el atrio del Templo (Hch 3,6.16; 4,29-30). Estos signos de vida acompañarán toda la predicación de los Apóstoles y de Pablo (He 2,43; 20,9-10).

Hoy también, los creyentes en Jesús de Nazaret tenemos la misión de seguir proclamando e instaurando el Reino de Dios. Esto nos dispone en la actitud de servicio iniciada por Jesús, especialmente con los más pobres, destinatarios de la Buena Nueva (Mt 11,5), y con todos aquellos que son víctimas de las injusticias y del mal en el mundo.

Junto con este compromiso cristiano por vivir y proclamar los valores del Reino, hemos de dar oportunidad a que la gratuidad de Dios se manifieste como Él quiera, respaldando nuestra actividad y acción de servicio a los más necesitados. Nuestra misión consistirá en continuar transmitiendo el mensaje de salvación que Jesús ha hecho realidad para los hombres y las mujeres por medio de signos y señales que hablen de esta presencia salvadora en el mundo. Así, desde este trabajo nuestro por continuar creando la humanidad nueva, Dios nos sorprenderá de manera gratuita, manifestando su amor ilimitado a través de nuestra manera de actuar.

Si la diferencia importante entre los milagros de Jesús y los que después realizarán los discípulos está en que estos son simples mediadores de la acción curativa de Jesús (He 9,34), tal vez entendamos que la vida del cristiano tiene que ser signo de la liberación de todo aquello que esclaviza al ser humano, de la ruptura de las barreras que separan a los pueblo, del perdón que transforma el odio, del talante solidario que nos enseña a compartir; en definitiva, expresión de la vida nueva que nace en la resurrección de Jesucristo.

El Reino presente en Jesús sigue necesitando de signos por los que Dios pueda continuar manifestando su salvación a la Humanidad. La vida de los cristianos tiene la exigencia de ser portadora de estas señales mediante las que cuales Dios sigue ofreciendo gratuitamente la fuerza de su Espíritu como expresión de su amor.

Lorenzo de Santos Martín